

El “fin de las clases sociales” en la teoría social brasileña*

O “fim das classes sociais” na teoria social brasileira**

“End of Social Classes” in the Social Theory of Brazil

*Henrique Amorim****

Resumen

El objetivo del artículo es analizar la “importación” llevada a cabo por la sociología brasileña de la tesis del “fin de las clases sociales”. La influencia en Brasil de las teorías que apuntaban a superar el concepto de clase social y que fueron desarrolladas sobre todo en Europa Occidental y Estados Unidos motivó a intelectuales brasileños a discutir acerca de las luchas y los movimientos sociales, más allá de las determinaciones de clase. No obstante, la tesis del “fin de las clases sociales” fue incorporada en un contexto de intensas movilizaciones, ya fueran sindicales, partidarias o populares. En este sentido, parece haber una contradicción entre la tesis “importada” y la realidad concreta de las luchas políticas en Brasil. Discutir los entresijos de esta tesis y las formas de su incorporación a la sociología brasileña nos parece central para las investigaciones dedicadas al análisis del trabajo y la acción política colectiva hoy en día.

Palabras clave: “fin de las clases sociales”, marxismo, sociología brasileña, trabajo, reduccionismo.

Resumo

O objetivo desse texto é analisar a “importação” realizada pela sociologia brasileira da tese do “fim das classes sociais”. A influência no Brasil de teorias que apontavam para a superação do conceito de classe social e que foram desenvolvidas, sobretudo, na Europa ocidental e nos Estados Unidos motivou intelectuais brasileiros a discutir as lutas e movimentos sociais para além das determinações de classe. Não obstante, a tese do “fim das classes sociais” foi absorvida em um contexto de mobilizações intensas sejam elas sindicais, partidárias ou populares. Nesse sentido, parece haver uma contradição entre a tese que foi “importada” e a realidade concreta das lutas políticas no Brasil. Discutir os

* Traducción del portugués al español por Mariana Inés Garbarino; revisión y corrección de la traducción por Gloria Carrillo y Clara I. Martínez.

** Nota editorial: una versión de este artículo ha sido publicada en la revista *Periferias*, Buenos Aires, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, año 23, núm. 22, 1er. semestre de 2014. Por la importancia que reviste para nosotros la temática tratada se decidió su publicación en *Estudios Latinoamericanos*.

*** Sociólogo brasileño. Profesor de Sociología en la Escuela de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas, Universidad Federal de São Paulo (EFLCH/UNIFESP). E-mail: <henriqueamorim@hotmail.com>.

meandros dessa tese e as formas de sua incorporação pela sociologia brasileira nos parece central para as pesquisas que se dedicam à análise do trabalho e da ação política coletiva hoje.

Palavras chave: “fim das classes sociais”, marxismo, sociologia brasileira, trabalho, reducionismo.

Abstract

The objective of this article is to analyze a claim, “The end of social classes”, which was brought in, and it is currently dealt with inside Brazil’s sociology field. This country’s brought new meanings to social class, which was initially coped with in Western Europe and the United States. Brazilian intellectuals have discussed people and social movements beyond the social class concept. In addition, this claim was incorporated to unions and other kinds of movements. In this context, there is a likely contradiction between the “brought in” argument and actual political conflicts in Brazil. Learning about the above mentioned claim and how we incorporate it to sociology in Brazil is central to the idea of understanding labor and collective action.

Keywords: “end of social classes”, marxism, brazilian sociology, labor, reductionism.

Las críticas a las teorías marxistas de las clases sociales son diversas, pero parten de un presupuesto común: el agotamiento de las sociedades industriales.¹ Al inicio de los años ochenta, André Gorz (1987) sintetizó la cuestión al identificar una crisis del movimiento obrero que acabaría por poner en entredicho al propio marxismo como herramienta analítica. Su lectura vislumbró una era de abolición del trabajo que se fundamenta, según Silva: “(...) como la llave para comprender y explicar tanto la crisis del movimiento obrero como la crisis del marxismo” (1999:162). Sin embargo, previo a que Gorz advirtiera el “fin de las clases sociales” en los ochenta, durante los setenta surgieron teorías que se concentraron en la caracterización de sociedades post-industriales que desplazaban la producción y el trabajo del plano central de la sociabilidad contemporánea.

El escenario histórico y específicamente motivador para esas teorías fue el colapso del Tratado de Bretton Woods en 1971, la crisis del petróleo en 1973, el debilitamiento progresivo de las políticas de intervención estatal de tipo keynesiano,² la caída³ de la URSS y la última reestructuración productiva y gerencial.

¹ A pesar de que la cuestión sobre los límites del concepto de clase social haya ganado mayor fuerza en los setenta y en las siguientes décadas, en los cincuenta y sesenta tal discusión ya había sido desarrollada. Dahrendorf (1982), por ejemplo, produjo un extenso trabajo con el objetivo de analizar los conflictos sociales más allá del universo de la fábrica. Encontramos además los trabajos de: Bottomore (1968), Goldthorpe y Lockwood (1963), Goldthorpe, Lockwood, Bechhofer y Platt (1972), Lockwood (1966), Mallet (1969), Mills (1969), Nicolaus (1972), Nisbet (1996) y Ossowski (1996), que procuraron reproblematicar el concepto de clase social a la luz de las transformaciones sociales coyunturales.

² Sobre el periodo keynesiano ver, por ejemplo, Marglin y Schor (1990).

³ Sobre las causas del fin de la Unión Soviética y del proceso de bipolarización política, ver Hobsbawm (1992) y Thompson (1992), entre otros.

En ese contexto, las tesis de Marx, particularmente la teoría de las clases sociales, pasaron a ser estructuralmente criticadas, siendo considerada esta última una teoría típica del industrialismo (Gorz, 1987).

Con el aparente fin de la hegemonía industrial superada por el sector de servicios, la teoría de las clases fue considerada como una teoría analíticamente descartable. Entre las concepciones que compartían ese presupuesto destacan: la *teoría de los nuevos movimientos sociales* (Offe, 1989; Touraine, 1969; Melucci, 1980); la *teoría de la sociedad post-industrial* (Bell, 1977; Touraine, 1969), ambas acompañadas por la *teoría de la acción comunicativa* (Habermas, 1987a).

Tales teorías tienen como presupuesto el agotamiento de las sociedades industriales o, por lo menos, el desplazamiento de la centralidad de la industria y el desarrollo de sociedades edificadas en actividades sociales predominantemente externas a la esfera de la producción fabril y, por lo tanto, presentes en la sociedad civil, tales como: los servicios (Offe, 1985 y 1989), el conocimiento (Bell, 1977), la información (Castells, 1999; Melucci, 1980), las actividades intelectuales (Gouldner, 1979), económicas y culturales (Inglehart, 1997) y la acción comunicativa (Habermas, 1987a).

De esta forma, la sociedad post-industrial estaría centralmente constituida por conflictos, intereses, cuestiones y embates distintos de aquellos que tendrían su origen en la relación antagónica capital *versus* trabajo, que habrían sido determinantes en la estructuración de las clases sociales en sociedades hasta los años setenta.

No obstante, hay variaciones explicativas sobre las causas y las consecuencias de lo que sería una sociedad donde el trabajo y las clases sociales ya no son los ejes socializadores determinantes. En ese sentido, se plantea la necesidad de explicitar los matices temáticos y conceptuales en algunos de los autores involucrados de manera significativa en ese debate.

Valiéndonos de ese razonamiento, nuestro primer argumento es que las tesis sobre la constitución de sociedades post-industriales presuponen concepciones de trabajo, de clase social y de acción política emanadas de la industria, particularmente de la fábrica. La lectura que se realiza de esos conceptos reside, así, en el presupuesto de que el trabajo inmediato y la producción típicamente fabril de bienes durables serían los únicos fundamentos del análisis marxista. En consecuencia, la clase obrera se presentaría como sujeto de todo cambio social y la acción política colectiva debería necesariamente pasar por la fábrica.⁴

⁴ Cardoso, en su época, vinculó esa concepción de clase a lo que denominó “marxismo estático”. Para ese tipo de marxismo, las clases sociales serían definidas por un proceso de separación “(...)

El concepto de clase social fue, entonces, considerado dentro de la especificidad del industrialismo, o mejor, de una teoría del industrialismo. Se trataría de un análisis que tendría su foco en la producción (entendida como momento de lo económico) y que, por eso, no contemplaría otros momentos significativos de la sociedad como la cultura, los procesos de determinación étnica y de localización espacial, por ejemplo. Esa interpretación sobre las clases sociales en Marx se formalizó en la sociología brasileña de la siguiente manera:

La teoría de las clases surgió con Marx como una teoría de la lucha de clases y de la transformación histórica (...) Por mucho tiempo, la industrialización capitalista en Europa, en Estados Unidos y en el resto del mundo, pareció dar la razón a Marx, en el sentido de que una clase emergente de trabajadores industriales parecía tener intereses opuestos (desde el punto de vista de un observador racional) a la clase capitalista y la voluntad política de imponer a la sociedad un nuevo ordenamiento económico. La teoría de Marx, sin embargo, no daba cuenta de la complejidad de la articulación entre economía, cultura y política (Guimarães, 1999:35-36).

En ese sentido, caracterizando a la teoría marxista de las clases como un análisis típico de la industria (entendida como sinónimo de fábrica), el marxismo sería útil para explicar las formas de sociabilidad existentes hasta el momento en que la producción de mercancías en la industria fuera central. Superado ese momento histórico, el marxismo también sería superado. Por lo tanto, la producción industrial, como anuncia Bell (1977), habría estado marcada por un largo periodo que va del siglo XVIII a la década de los setenta del siglo XX. Después de ese periodo se desencadenaría un conjunto de nuevos problemas para esa “nueva” sociedad que se estructuraría sobre los escombros de la sociedad industrial, es decir, fuera de la industria.

Esos argumentos, contruidos predominantemente a partir de 1970 y 1980, parecen referirse, directa o indirectamente, a definiciones reduccionistas de trabajo, clase social y acción política colectiva. En resumen, en tales definiciones el trabajador fue identificado como expresión de su puesto de trabajo. Sus calificaciones técnicas informarían sobre las posibilidades de su práctica y consciencia políticas, como si no existieran prácticas políticas más allá del trabajo en la fábrica.⁵

*según las **calidades** inherentes a cada conjunto de elementos internamente homogéneos. Se tiene, así, una concepción estática, en la medida en que se define lo que es de forma positiva por atributos dados”* (Cardoso, 1975:100, cursivas nuestras). Para una discusión crítica sobre la relación entre los atributos técnico-productivos y las relaciones de oposición de clase, ver Amorim (2009 y 2010b).

⁵ A esto se suma la cuestión de la toma de consciencia, pasar de una “consciencia de sí” a una “consciencia para sí”. Sobre este asunto véase, por un lado, Lukács (2003), Mészáros (1993) y Iasi

Un ejemplo de la concepción reduccionista de clases sociales se puede encontrar en la obra *Tratado de Materialismo Histórico* de Nicolai Bukharin, publicado en 1921.

(...) Por clase se entiende un conjunto de personas *desempeñando un papel análogo en la producción, siendo esas relaciones expresadas también en las cosas* (medio de trabajo). De ahí deriva que, en el proceso de repartición de los productos, cada clase es unida por la identidad de su fuente de rendimiento, pues las relaciones de *repartición de los productos* son determinadas por la relación de su producción (s/f:323, cursivas nuestras).

Habría, por lo tanto, una correspondencia entre las formas de apropiación de los saberes empíricos y las potencialidades políticas de la clase trabajadora industrial.⁶ Esa lectura “oficial” relacionó las categorías analíticas de trabajo, clase social y acción política en forma determinista, es decir, reduciéndolas a una determinación económica que se da, fundamentalmente, por la posición de los individuos en el proceso de trabajo. Arbitrariamente, se concibió una perspectiva de clase trabajadora restringida a la fábrica y a la producción de mercancías físicas.⁷

Sin embargo, ya en 1932, en el cuaderno 11 de los *Cuadernos de la Cárcel*, Gramsci objetaba, más que las implicaciones de esa concepción de clase, trabajo y política, sobre todo el substrato teórico-filosófico de Bukharin:

La filosofía del *Ensayo Popular*⁸ (que le es implícita) puede ser calificada de un aristotelismo positivista, de una adaptación de la lógica formal a los métodos de las ciencias físicas y naturales. La ley de causalidad, la investigación de la regularidad, de la normalidad, de la uniformidad substituyen la dialéctica histórica. Pero, ¿cómo, a partir de este modo de concebir, es posible deducir la superación, la “subversión de la

(2007); y, por otro, Bourdieu (2005), Poulantzas (1977a y 1977b), Sallum Jr. (2005) y Thompson (1998), entre otros.

⁶ Para los límites de las definiciones reduccionistas de clase obrera, Tronti apunta: “(...) ¿es posible abandonar una definición ‘objetiva’ de clase obrera? ¿Es posible definir como ‘clase trabajadora (operaria)’ a todos los que luchan subjetivamente en las formas típicas de clase obrera contra el capital, dentro del proceso de producción social? ¿Es posible separar, finalmente, el concepto de clase obrera del concepto de trabajo productivo? Y, en ese caso, ¿quedaría aún ligado a los salarios? El problema es encontrar nuevas definiciones de ‘clase obrera, pero sin abandonar el dominio del análisis objetivo y sin volver a caer en las trampas ideológicas. Hacer desaparecer la materialidad objetiva de la clase obrera en puras formas subjetivas de las luchas anticapitalistas es un error nuevamente ideológico del neo-extremismo” (1982:177).

⁷ Físico aquí se opone a las nuevas formas de producción inmaterial, no tangibles, pero que conservan la lógica de la apropiación del valor y de la acumulación capitalista.

⁸ El libro de Bukharin es también conocido como *Ensayo Popular de Sociología Marxista*.

praxis”? El efecto, mecánicamente, jamás puede superar la causa o el sistema de causas; por eso, no puede haber otro desarrollo que no sea aquel monótono y vulgar del evolucionismo. Si el “idealismo especulativo” es la ciencia de las categorías y de la síntesis *a priori* del espíritu, esto es, una forma de abstracción anti-historicista, la filosofía implícita en el *Ensayo Popular* es un idealismo invertido, en el sentido de que conceptos y clasificaciones empíricas substituyen las categorías especulativas, tan abstractas y anti-históricas como esas (2004:121).

La crítica a la lectura reduccionista de las clases sociales se torna relevante en la medida en que se volvió en contra, sobre todo, de la manera en la que los partidos comunistas, bajo la orientación del Partido Comunista Soviético, definieron las categorías de trabajo, clase social y acción política colectiva. Sin embargo, si por un lado, las críticas, a partir de 1970, a la teoría de las clases sociales tocaron lo concerniente a la ineficacia de ciertas definiciones economicistas de clase, por otro lado, al considerar esas perspectivas reduccionistas acabaron por descartar el concepto de clase social como un todo. O sea, al criticar la definición de clases de los partidos comunistas, como si no existieran otras, pasaron a identificar todo y cualquier análisis marxista como inoperante.

De esta manera, nos parece que al tener un punto de partida limitado (de trabajo, de clase y lucha política de los partidos comunistas), las tesis sobre el “fin de las clases sociales” tendieron a diagnosticar las posibilidades de intervención política, cultural y étnica en un sentido opuesto al de esa perspectiva restringida, esto es, no determinadas por la producción en la fábrica.

Si tales tesis partieron de una concepción teórica reduccionista, no menos reduccionistas parecen ser sus respuestas, ya que no observaron: 1) la operacionalidad del concepto de clase social bajo otro signo, distinto de una simple correspondencia socio-profesional y de renta que amalgamaría identitariamente un conjunto significativo de individuos que proyectaría una consciencia revolucionaria, y 2) la persistencia del desarrollo industrial, ya sea bajo la forma de la producción tradicional (producción de bienes durables) o bajo nuevas formas como las de la producción inmaterial, de servicios e informal que parecen conservar las formas de la producción de plusvalía.

Discutir ese conjunto de argumentos a la luz de las teorías sobre el “fin de las clases sociales” es el centro de este trabajo. Para eso, presentaremos, en primer lugar, las principales referencias teóricas europeas y estadounidenses que propusieron la superación, directa o indirectamente, de la teoría de las clases sociales para el análisis de las sociedades capitalistas contemporáneas, y en segundo, un análisis de la adopción de la tesis del “fin de las clases sociales” por la sociología brasileña, considerando sus principales despliegues teóricos y su crítica.

La tesis del “fin de las clases sociales”

La teoría social, principalmente la europea, discutió en los últimos decenios el concepto de clases sociales, preocupándose en ampliar su análisis frente a un nuevo conjunto de relaciones sociales que se presentaron con fuerza a partir de los setenta. No obstante, ese emprendimiento teórico tuvo una configuración específica que se caracterizó por el señalamiento de los límites del análisis marxista.

Mike Savage, en *Clase e historia del trabajo*, sintetiza lo que estaría en juego cuando el concepto de clase social es discutido por la teoría social contemporánea, al interrogarse:

¿El descubrimiento de la relevancia de las relaciones de etnicidad, género y demás sirve para subestimar la importancia del fenómeno de la clase, o puede el concepto de clase ser reformulado de modo que se torne sensible a cuestiones de género y de lugar (y así sucesivamente)? ¿Será la clase sólo una dimensión, entre muchas otras, que modela la historia del trabajo que el historiador empírico minucioso debe examinar cuando es relevante? (2004:26).

Para Savage, el análisis de las clases estuvo, la mayoría de las veces, subordinado a lo económico. Se trataría, según el autor, de “(...) liberar a la historia del trabajo, de encuadrarla en la esfera de la historia social (y no de la económica)” (*Ibid.*), esto es, se trataría de ampliar el concepto, evitando restringirlo a la industria (a la fábrica) y, más específicamente, limitada al lugar que el individuo ocupa en el proceso de trabajo.

La extensión de ese movimiento de crítica a la teoría marxista de las clases sociales es larga. Aquí describimos brevemente las principales tesis procurando identificar la coyuntura y el momento histórico y político en que surgieron. Así, el objetivo de este apartado es, al describir el contenido de las tesis sobre el “fin de las clases sociales”, aprehender sus argumentos centrales.

Para Daniel Bell, en *El Advenimiento de la Sociedad Post-Industrial* (1977), habría “tipos de problemas estructurales” en las sociedades industriales que se habrían agotado con el desarrollo de una rutina que “encapsuló” los conflictos de clase, acabando con un proceso de polarización social. Esos conflictos de clase habrían dejado de existir, según el autor, en la medida en que fueron “silenciados, hasta que fueron resueltos”. Como consecuencia, el conocimiento producido en las universidades y los centros de investigación pasaría a ser el nuevo eje de socialización “post-industrial”.

La producción inmediata de mercancías pasaría a ser una esfera secundaria de la vida social con relación a aquellas situadas fuera de ella y “(...) el problema de mayor

relevancia [sería] la organización de la Ciencia, y la institución primordial la universidad o el instituto de investigación donde se lleva adelante ese trabajo” (Bell, 1977:138). Las “sociedades industriales” estarían, entonces, restringidas a los países del “tercer mundo” que, si siguen el modelo de los países desarrollados o “pos-industriales”, tenderían a alcanzar ese estadio basado en la producción de conocimiento. Por lo tanto, las clases sociales no desaparecieron, pasaron a ser, para Bell, secundarias en el análisis social frente al crecimiento y sistematización del conocimiento en las universidades.

En términos distintos, pero desarrollando la tesis de la superación del “paradigma productivo” y de las clases sociales como centro de la acción política y social, Alain Touraine (1978 y 1989) señaló la necesidad de una reformulación de las formas de lucha orientadas por “antiguos movimientos sociales” (sindicatos y partidos) y observó la presencia de “nuevos movimientos sociales”, localizados en la esfera de la sociedad civil.

La presencia de esos “nuevos movimientos sociales” se fundamentaría como expresión de conflictos que ya no estarían determinados por la industria, por el trabajo asalariado, o por la lucha sindical y partidaria, esto es, por la economía *estrito senso*, sino que estarían generalizados por toda la sociedad “post-industrial”. Touraine afirma que “(...) la clase popular ya no puede ser identificada como un nuevo tipo de dirigente”. Y concluye: “Descubrimos que los conflictos de clases no representan más los instrumentos de cambios históricos” (1989:15).⁹

En la nueva sociedad, los conflictos vendrían de la lucha por una mayor participación en la esfera política y cultural, contra las formas de dominación de cuño “tecnocrático”, o sea, por la apropiación y retención de informaciones estratégicas de su administración. Con eso, el conflicto debería ser reconocido en todos los dominios de la vida social y, particularmente, en el ámbito de la organización social y cultural.

Los “nuevos movimientos sociales” se localizarían, de ese modo, en el campo de la cultura, de la socialización, del modo de vida, de los valores, de la identidad de minorías, no caracterizándose por luchas por la igualdad, sino por el derecho a la

⁹ Al analizar el futuro del sindicalismo y teniendo como base el modelo analítico de Touraine, Martins Rodrigues considera que “(...) las características generales de la sociedad pos-industrial abren poco espacio para la organización sindical, aunque la extensión de ese espacio pueda ser diferente cuando se evalúan sociedades nacionales específicas, –en ese sentido– el (...) sindicalismo aparece como una institución condenada a ocupar una posición subalterna en la sociedad pos-industrial, porque todos los factores que favorecieron su expansión pasada no existen más o se redujeron significativamente” (1999:301).

diferencia (*Ibid.*:62-64). Estarían, así, desplazados del terreno meramente productivo, no respondiendo, por lo tanto, a un conflicto estructural entre clases sociales opuestas.

Claus Offe (1989) realizó una lectura de las sociedades capitalistas después de la última reestructuración productiva con el objetivo de refutar lo que denomina como el paradigma fundamentado en la “lucha bipolar de clases sociales” (1985:8). Relacionó la reducción de las tasas de sindicalización con el consecuente debilitamiento de la acción política de la clase trabajadora, evidenciando su fragmentación como fruto de la heterogeneidad profesional de los trabajadores del sector de servicios.

Habría, según Offe, un desplazamiento del número de puestos de trabajo en la industria del sector servicios que implicaría una nueva forma de organización de la resistencia fuera de los lazos del trabajo. El escenario de refundación y reconstitución de la lucha política colectiva pasaría, en esos términos, a ser la sociedad civil, donde los “nuevos movimientos sociales” se articularían con base en luchas organizadas en torno a valores universales como, por ejemplo, la paz, el medio ambiente y los derechos humanos, participando los diferentes estratos de la sociedad capitalista. En ese sentido, Offe señala:

Que la fábrica no sea el centro de relaciones de dominación ni el escenario de los conflictos sociales más importantes; que los parámetros “meta-sociales” (por ej., económicos) del desarrollo social hayan sido substituidos por una “autoprogramación de la sociedad”; que se haya tornado sin sentido suponer una continuidad entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la emancipación (por lo menos en las sociedades occidentales) –son suposiciones y conclusiones que se impusieron principalmente a partir de la asimilación de teóricos franceses como Foucault, Touraine y Gorz, de tal modo que, contra ellas, los resquicios de “ortodoxia” marxista prácticamente no tienen cualquier chance académicamente respetable (1989:35-36).

Entonces, para Offe, la cuestión central se refiere a cuáles serían los conceptos sociológicos de estructura y de conflicto más apropiados para el análisis de una sociedad en la cual el trabajo asalariado y la clase social no operarían más como ejes socializadores.

Para André Gorz (1987), las sociedades capitalistas habrían vencido la batalla contra el socialismo real dando fin a un periodo dominado políticamente por luchas provenientes de la industria y de fuerte reclamo sindical y partidario. La apuesta en la vanguardia obrera calificada, ilustrada y bien pagada, y que por eso conduciría las luchas contra la explotación y la alienación en la producción, se habría perdido debido a la cooptación de la clase obrera frente a las ventajas y relativos privilegios conquistados en este mismo espacio, y reverberados en la esfera del consumo.

Las nuevas formas de producción habrían desplazado su eje del trabajo-inmediato hacia los sectores administrativos y de servicios, corroborando, como para Melucci (1980), la tesis según la cual la información, y no más el trabajo, sería la nueva fuente de conflictos sociales. De esta manera, Gorz dijo adiós al proletariado y vislumbró una sociedad dualista, edificada por el espacio de la heteronomía (producción de mercancías) y por la autonomía (libertad subjetiva). En ese sentido, advirtió una división social entre el “tiempo de trabajo” y el “tiempo de vida” (1998:12). El trabajo y la vida del trabajador habrían sido separados. Se trataría de dos esferas distintas y complementarias. Con eso, la producción se habría tornado una esfera independiente de la subjetividad del trabajador.

La inversión del orden de prioridades, con la subordinación del trabajo social con finalidad económica a la expansión de las actividades de la esfera de autonomía individual, está aconteciendo en todas las clases de las sociedades superdesarrolladas, en particular entre el neoproletariado post-industrial: la verdadera ‘vida’ comienza fuera del trabajo, el trabajo se torna un medio para ampliar la esfera del no-trabajo, es la ocupación temporal por la cual los individuos adquieren la posibilidad de dar continuidad a sus actividades principales (Gorz, 1987:101).

Como consecuencia de este señalamiento, Gorz identificó en la sociedad civil el espacio en el que se encontrarían los recursos para la formación de un nuevo sujeto político, distinto del proletariado industrial. Formada por un conjunto de individuos radicalmente heterogéneos, “la no-clase de los no-trabajadores” (*Ibid.*:17) condesaría, fuera del trabajo, las características necesarias para la formación de una lucha política colectiva opuesta a la de los antiguos movimientos sociales y que tendría como objetivo central la ampliación de espacios de libertad que refrenaran el desarrollo de la racionalidad económica.

Jürgen Habermas (1987a), a su vez, consubstanció esas ideas dándoles un cuerpo teórico-metodológico más amplio, al redefinirlas como “sistema” y “mundo de vida”. Basado en la indicación de que en las sociedades capitalistas contemporáneas no habría una “*clase identificable*”, ni tampoco un “*grupo social claramente circunscrito que pueda ser destacado como representativo de un interés violado*” (Habermas, 1982:221), el autor consideró que en el “sistema” predominaría la racionalidad instrumental, orientada por acciones estratégicas, o sea, aquellas basadas en la obtención del interés y/o cualquier otro tipo de ventaja personal. El “mundo de la vida” tendría una acción anti-sistémica delante de la cada vez más invasiva racionalidad que conformaría el “sistema”, en la medida en que sería orientado por la “acción comunicativa” caracterizada por la reflexión, la interpretación y por los intereses colectivos democráticamente negociados con base en la argumentación autónoma y racional de todos los sujetos implicados.

En efecto, una sociedad sería tanto más democrática cuanto más establecida por la acción comunicativa. En la práctica sociológica, el mundo de la vida debería reorientar sus objetivos a favor de aquello que sería su *locus* por excelencia, esto es, los “nuevos movimientos sociales” (Habermas, 1987b), cuyas reivindicaciones no sólo pasarían a lo largo de aquellas concernientes al mundo del trabajo, sino que, por eso mismo, tendrían la facultad de contrarrestar el sistema en pro de la acción comunicativa.

Las tesis recién expuestas están basadas en la hipótesis de que una nueva historicidad, distinta de la industrial, predominante desde el siglo XVIII, tendría que estar estructurada a partir de mediados de los setenta, dejando de lado los conceptos de trabajo y clase que la explicaba.¹⁰ Tales tesis buscaron refutar los análisis marxistas, aunque tomando en cuenta apenas un análisis marxista reduccionista de clase social, en la medida en que basaron sus críticas y consideraciones teóricas en hechos históricos acaecidos en Europa y Estados Unidos.

La historicidad en la cual se basan tales análisis es un índice positivo y al mismo tiempo negativo de esas tesis. Positivo, pues al vislumbrar un conjunto de transformaciones en la producción y en los modos de vida de las sociedades europea y estadounidense se esforzaron en “dilatarse” el análisis de los conflictos sociales más allá de la fábrica. Negativo, pues aprehendieron esas transformaciones histórico-sociales en Europa y Estados Unidos como si fueran del occidente como un todo, evidenciado el agotamiento de la sociedad industrial tanto dentro como fuera de sus fronteras territoriales. Todo eso sin valerse de la historicidad de otros países, como por ejemplo Brasil, China e India.

En consecuencia, se eludieron dos cuestiones importantes que pueden explicar la vulnerabilidad de sus argumentos. La primera y más obvia se relaciona con la manera en que los países de América Latina organizaron sus formas de reestructuración productiva que claramente no podrían ser un reflejo exacto de Europa y Estados Unidos; y la segunda, como desdoblamiento de la primera, está vinculada a la variedad de los desdoblamientos políticos, de las acciones políticas colectivas, particularmente vividas en Brasil, que no parecen haber corroborado las tesis arriba descritas.

Además, la elección de la referencia marxista como centro de sus críticas, que aquí calificamos de reduccionistas, no fue aleatoria. En la práctica, lo que parece estar en juego —cuando se proyecta el señalamiento de superación y caducidad de las tesis

¹⁰ Siguiendo esa lectura de Marx, Habermas indica que “Marx eligiera el ‘trabajo’ como concepto fundamental porque pudo observar cómo las estructuras de la sociedad burguesa eran cada vez más fuertemente marcadas por el trabajo abstracto, es decir, por el tipo de un trabajo asalariado regulado bajo la forma de empresas. Sin embargo, esa tendencia se debilitó netamente en los últimos tiempos” (2002:483).

marxistas ligadas a la concepción oficial de los partidos comunistas a todo el análisis marxista y al propio análisis de Marx sobre las clases sociales— es una disputa por objetivos de investigación que se circunscribían predominantemente al interior del análisis marxista como, por ejemplo, el de las luchas sociales, políticas, de los sujetos políticos, de las acciones colectivas organizadas y de los movimientos y clases populares.

Con el fortalecimiento de las teorías que tenían como centro el presupuesto del “fin de las clases sociales”, ese campo de investigación pasó a ser hegemónicamente conducido a otras concepciones de ciencia distintas de aquellas del marxismo oficial. Sin embargo, esa división llevó consigo toda una bibliografía marxista que no compartía los presupuestos reduccionistas y economicistas de clase, trabajo y acción política. No obstante, en los últimos años, particularmente con las crisis económicas, pero no solamente por ellas, la teoría marxista vuelve a entrar en escena y comienza a tener una revisión más cuidadosa y no homogenizadora, diferente de la que realizaron las teorías antes descritas, de las clases y de las relaciones de clase.

El fin y la continuidad de la clase en la teoría social brasileña

A partir de la década de los ochenta comienza a desarrollarse en Brasil una “importación” de tesis europeas y estadounidenses que se fundamentaron en la relevancia de los servicios y de los actores políticos presentes en la sociedad civil en función del estancamiento de la industria y de la reducción de puestos de trabajo en las fábricas de los países económicamente más ricos. Sin embargo, esa asimilación parece haber sido realizada a lo largo de las experiencias históricas brasileñas que, a pesar de estar influenciadas por aquellas de países europeos, así como de Estados Unidos y Japón, por ejemplo, no se pueden considerar idénticas.

En Brasil, el movimiento obrero, sindical y partidario, ligado a la clase obrera, creció vigorosamente a finales de los setenta y a lo largo de los ochenta. Las huelgas de 1978-1980 en el ABC de São Paulo, la fundación del Partido de los Trabajadores (PT) en 1980, la creación de la Central Única de Trabajadores (CUT) en 1983, la campaña de las *directas ya* y el proceso de democratización política promovido durante la década de 1980,¹¹ son expresiones de la lucha política concreta que serían

¹¹ En ese sentido, “la década de los ochenta fue la década de la lucha y de la organización obrera y popular en Brasil. Los indicadores de la movilización popular se mantuvieron altos y el salto organizativo del periodo fue muy grande. (...) en ese periodo ocurrió una explosión inédita de huelgas, colocando a Brasil, junto con España, que también salía de una dictadura, como campeones incontestables de la actividad huelguista a escala mundial” (Boito, Galvão y Marcelino, 2009:36). También sobre ese contexto histórico, ver Antunes (1992) y Rodrigues (1997). Ver también Dias

consideradas, bajo algunas lentes europeas, como parte de “antiguos movimientos sociales” o de “movimientos sociales tradicionales”, cuyo origen radicaba en una fase superada, o por lo menos en vías de superación, de las sociedades llamadas industriales.

Un ejemplo de la asimilación de las tesis europeas y estadounidenses es la discusión propuesta por Cardoso, a principios de los ochenta, sobre la nueva configuración de las clases en las sociedades contemporáneas. Partiendo de la problemática de las clases sociales, Cardoso relativiza sus argumentos desarrollados en la década anterior, dando mayor atención a otras esferas sociales desvinculadas de la producción de mercancías. Sus interlocutores fueron, sobre todo, Bell (1977) y Touraine (1969), promoviendo la adopción de las tesis de esos autores en el escenario de la sociología brasileña.

Cardoso mismo, admitiendo el peso del capital, indica que fueron abiertas “(...) nuevas vías de lucha más generalizadas y más diversificadas, para las diversas categorías sociales” (1982:28), lo que implicaría relativizar el peso de las clases sociales en la dinámica social. Se trataría, de esa forma, de una primera fase de la incorporación de teorías sociológicas que tenían como presupuesto básico el “fin de las clases sociales”.

También cuestionando el concepto de clase, Waizbort, en “Clase Social, Estado e Ideología”, se interroga: “(...) ¿es la clase, hoy, definidora de identidades colectivas? ¿En qué medida, o hasta donde? ¿No fueron debilitadas las clases en su calidad de definidoras por excelencia de identidades colectivas?” (1998:67). Habría entonces una diferencia substancial entre la organización social en el siglo XIX, aquella que inspiró a Marx, y la del siglo XX: que las sociedades contemporáneas habrían alcanzado un mayor grado de desarrollo económico respecto al siglo XIX. Concluye diciendo que a pesar del desempleo y de que éste es un indicio de la continuidad del conflicto instaurado por la oposición entre capital y trabajo, el trabajo no es más la actividad central de la sociedad capitalista como lo fue anteriormente: “En la estructura y en el proceso de la sociedad, el trabajo y los trabajadores no surgen más, como antes, como un principio fundamental que ‘ordena’ o ‘determina’ u ‘organiza’ a la sociedad” (*Ibid.*:71).

La indicación de Waizbort se fundamenta en la reducción de las tasas de industrialización y del número de empleos en la industria. En las estadísticas expuestas, el autor señala la presencia de apenas un 10 por ciento de la población activa empleada

Fernandes y De Pádua Bosi (2005), sobre la reconstrucción de la clase trabajadora en el Brasil de los años 2000.

en el sector secundario a finales del siglo xx. La absorción del otro contingente activo podría ser parcialmente relocalizada en los servicios, recuerda el autor. Sin embargo, esos empleos serían de bajísima calificación y remuneración, concluyendo, por lo tanto, que el trabajo como actividad socializadora se volvió opaco. Habría, así, una pérdida de lazos sociales en el trabajo y la constitución de identidades colectivas con base en el trabajo sería cada vez más difícil de ser observada.¹²

Con un enfoque diferente al de Waizbort, Sallum Jr. (2005), en *Clases, Cultura y Acción Colectiva*, procura relacionar la clase social con la acción colectiva. Su referencia central es la perspectiva de análisis de clases sociales de Pierre Bourdieu, incluyendo la esfera cultural. Sallum Jr. rescata dicha concepción en la medida en que procura superar las limitaciones marxistas economicistas, oponiéndose, con ello, a la tendencia de substancialización de las clases como actores colectivos con consciencia plena, incompleta o falsa del sistema de explotación. En ese sentido, rechaza el espacio social como forma unidimensional y objetivista, o sea, como si sólo las relaciones de producción fueran reales, ignorando, por consecuencia, el peso de la lucha simbólica en los procesos de representación y clasificación del mundo social.

Se plantea la necesidad de considerar la dimensión cultural como una “(...) parte esencial de las relaciones de clase” (Sallum Jr., 2005:25). En ese sentido, las clases sociales son aprehendidas como construcciones teóricas de identificación de relaciones entre agentes que ocupan posiciones relativamente cercanas en función del capital económico y cultural que poseen. Para el autor, el puente entre las posiciones objetivas de clase (materiales y culturales) y sus prácticas no sería la consciencia del agente y sí su *habitus de clase*, que Bourdieu identifica como conjunto de disposiciones de conducta de cada clase en relación a las otras. El *habitus* sería, por lo tanto, el resultado de la percepción de los agentes con relación a su posición relativa en el conjunto de las relaciones de clase.

Procurando ampliar el concepto de clase social y teniendo como referencia el libro *Adiós al Proletariado* de André Gorz, Ricardo Antunes (1995), en *¿Adiós al Trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo*, analiza las transformaciones en la producción y en la sociedad capitalista destacando un proceso de heterogenización, fragmentación y complejización en el y del trabajo.

Esas transformaciones habrían afectado, según el autor, no nada más las condiciones

¹² Esa perspectiva puede ser encontrada en Offe (1989). No obstante, al hacer una lectura del proceso de luchas sociales en la última década, lo que se advierte es lo opuesto de esa afirmación. Las luchas sociales en Brasil están concentradas predominantemente en cuestiones materiales, como veremos más adelante.

de vida de la clase trabajadora, sino también sus órganos tradicionales de defensa y representación. En ese sentido, destacó “(...) una nítida tendencia a la disminución de las tasas de sindicalización, especialmente en la década de 1980” (*Ibid.*:59). La des-sindicalización se daría por la separación entre una capa de trabajadores estables y una de trabajadores precarizados,¹³ léase tercerizados, subcontratados, subempleados, por ejemplo. Así, “se reduce fuertemente el poder sindical históricamente vinculado a los trabajadores ‘estables’” (*Ibid.*:62).

Comenzaría, de esa forma, a desmoronarse y a tornarse ineficaz el sindicato vertical, de tradición corporativa, mostrándose “imposibilitado de actuar como un sindicalismo más horizontal, dotado de una amplitud mayor y que privilegie las esferas intercategoriales, interpersonales (...)” (*Ibid.*).¹⁴ Aún considerando la reducción de la clase obrera industrial de bienes de consumo durables y el debilitamiento político de los sindicatos y de los partidos ligados a él, la afirmación de la reducción estructural o del fin del trabajo por la introducción intensa de tecnología es descartada por el autor. Según Antunes, esa posibilidad afectaría el poder de consumo y llevaría a la “destrucción de la economía de mercado (...) No siendo ni consumidores ni asalariados, los robots no podrían participar del mercado. La simple supervivencia de la economía capitalista estaría, de ese modo, comprometida” (*Ibid.*:51). Por el contrario, se trataría de un proceso de sustitución de trabajo vivo por trabajo muerto que tendría por finalidad la descalificación y la desvalorización de la fuerza de trabajo. La presencia de trabajadores con varias funciones simultáneas, el trabajador polivalente, sería una de las formas de reestructuración de la producción. Esa descalificación del trabajador podría también ser observada en la parcialización del trabajo, en su flexibilización numérica, en el trabajo con contrato de tiempo determinado y en la tercerización. Los trabajadores serían subcontratados y tenderían a llenar una parte de la fuerza de trabajo periférica, esto es, los puestos de trabajo que no necesitarían de conocimientos técnicos específicos.

En ese sentido, Antunes argumenta que la “*clase-que-vive-del-trabajo*” (*Ibid.*:54) se habría complejizado, fragmentándose, heterogenizándose con relación a aquella que habría predominado hasta los años setenta en Europa. Dentro de un proceso contradictorio, se habrían constituido en Brasil, por un lado, formas intelectualizadas de la fuerza de trabajo, pero, por otro, en un sentido más global, también serían expresión de su descalificación y desvalorización profunda. De esta manera, estaríamos frente a un doble movimiento. Por un lado, sería posible observar, en la clase obrera industrial de base *taylor-fordista*, una retracción; por otro, en profesiones como las

¹³ Se puede decir que ese proceso de precarización del trabajo alcanza a los trabajadores estables y calificados, en la medida en que sus condiciones materiales de vida y de trabajo son degradadas.

¹⁴ Sobre la cuestión sindical en el mismo periodo, ver Ramalho y Santana (2003).

de *telemarketing*, repartidores y las vinculadas a los trabajadores asalariados de supermercados, por ejemplo, habría una expansión del número de empleos.

A pesar de esas transformaciones radicales, el autor concluye que la clase obrera no estaría en vías de desaparición, y que todavía se proyectaría como parte estructural de las sociedades capitalistas. Su desaparición, no obstante, se asociaría a la propia superación del capitalismo, esto es, de sus formas de organización de la explotación y de la dominación social que garantizan la reproducción del capital como relación social hegemónica.

La introducción de teorías sociológicas que cuestionaron a las clases sociales como concepto y como principio analítico parece haber subestimado la realidad brasileña en ese proceso. Los acontecimientos históricos aquí abordados, aunque no agoten la realidad brasileña, son suficientes para diagnosticar los equívocos de las tesis del “fin de las clases sociales” en Brasil. La sociedad fue, así, formateada por los modelos teóricos que aquí se adoptaron. En ese sentido, las relaciones de clase en la coyuntura 1980-2010 fueron subestimadas, en la medida en que la historia de las luchas sociales de ese periodo fue considerada el brote de una sociedad industrial supuestamente rebasada como la brasileña.

¿Fin de las clases sociales?

¿Cómo entender la adopción en Brasil de tesis que niegan las relaciones de clase y las condiciones materiales de existencia como factores preponderantes de las luchas sociales? ¿Cómo subestimar la cantidad de luchas y de acciones políticas colectivas de las últimas décadas en un proceso de importación de argumentos e ideales, singularmente, “fuera de lugar”?¹⁵

Al analizar las luchas sociales en Brasil a lo largo de las décadas de 1990 y 2000, podemos notar que a diferencia de lo que apuntan Cardoso (1982), Guimarães (1999), Silva (1999) y Waisbort (1998), entre otros, la motivación política todavía está vinculada predominantemente a las condiciones materiales de existencia y no, como sugirió Touraine (1985), a factores de orden cultural, de valores, de identidades colectivas. Como podemos notar en los datos abajo señalados, las luchas sociales en el Brasil de la última década se concentran en la cuestión, en primer lugar, del trabajo (salarios y condiciones de trabajo), en segundo, en el acceso a la tierra y, en tercero, en el acceso a la vivienda. Esto es, luchas, todas ellas, que tienen que ver con la satisfacción de necesidades materiales.

¹⁵ Tomo aquí como metáfora la expresión de Schwarz (2000) de “fuera de lugar” al referirse a la importación del ideario liberal europeo y estadounidense a la sociedad brasileña esclavista del siglo XIX.

De esa forma, con base en las fuentes del ACC/CPT, SAG/Dieese y del OSAL/CLACSO, Sousa indicó que en 2004 “(...) los tipos de organización de los sin-tierra y sindical concentraron 83% de las protestas realizadas” (2011:198). En 2008, sumadas “(...) las acciones sindicales y de sin-tierra, tenemos 55,4% del total” (*Ibid.*). Concluye que restan “(...) a los llamados movimientos relacionados con la esfera de los valores, de la dimensión simbólica, de la ‘cultura’ y de las ‘identidades colectivas’ menos de una de cada diez acciones de protesta organizadas por el movimiento social” (*Ibid.*:200).¹⁶

En esos términos, entendemos que la pérdida de puestos de trabajo en Europa y Estados Unidos tiene relación directa con una tentativa del capital de desplazar sus formas de valorización, esto es, de ampliar sus fronteras a países como Brasil, China e India, donde el valor de la fuerza de trabajo es más bajo, si se compara con los países de fuerte tradición sindical y partidaria como muchos del occidente europeo y con Estados Unidos.

La industrialización en Brasil, China e India es un proceso en ascenso y el fin del trabajo y de las clases sociales no está en discusión. Estadísticas recientes arrojan un aumento del proceso de industrialización en China e India. Según datos del Banco Mundial, estos dos países muestran un perfil semejante de crecimiento industrial. En la India la participación de la industria en el PIB pasó de 20 a 28 por ciento en el periodo de 1960 a 2008 y en China de 37 a 47 por ciento en el mismo periodo.

En Brasil, las tesis sobre la reducción del trabajo y de la industria son aún más erróneas en el sector de la producción de servicios, por ejemplo, en el de las telecomunicaciones. Según datos de Teleco/Telebrasil de 2011, con datos de RAIS y CAGED, la producción en telecomunicaciones creció en todos sus frentes en el periodo que va de 1994 a 2011. El número de puestos de trabajo creció: en la industria pasó de 22,3 mil a 33,5 mil, y en los servicios de 129 mil aumentó a 160 mil.¹⁷

En ese sentido, un análisis para Europa y Estados Unidos sólo explica la apariencia de la economía-política capitalista hoy, es decir, plantea la idea de que vivimos en sociedades post-industriales y que tarde o temprano ese proceso alcanzaría a los países económicamente periféricos. En otros términos, la producción de bienes durables sigue participando de manera decidida en la organización social y en el flujo

¹⁶ Vale la pena también mencionar que en 2004 el movimiento sindical fue el más amplio, con 33.2 por ciento de las luchas sociales, y en 2008 representó 33 por ciento de las luchas sociales (Sousa, 2011:197 y 199).

¹⁷ Esos números aumentarían significativamente si consideramos a los trabajadores tercerizados. Para un análisis más detallado de los datos expuestos, véase Cavalcante (2009).

de capitales en el mundo. Frente a esto, lo mejor sería volver a la realidad empírica y verificar la presencia de relaciones de clase en las sociedades contemporáneas, lo que, más allá de divagaciones sobre la inoperancia, la no validez y la caducidad del análisis marxista de las clases, nos ofrecería elementos concretos del análisis social.

La teoría social europea y estadounidense de los años setenta y ochenta, presupusieron, con el fin de criticar y de señalar la superación del concepto y de la teoría de las clases sociales, el peor y teóricamente más débil esquema analítico marxista de clases. Sin embargo, entre los autores contemporáneos del continente europeo occidental y de Estados Unidos también se dio la preocupación por delimitar teóricamente tal crítica, aún con equívocos. Bell (1977), Gorz (1987), Habermas (1987a), Offe (1989) y Touraine (1978) procuraron, cada uno a su modo, demostrar el “fin de las clases sociales”, o por lo menos el desplazamiento de su centralidad en lo que se refiere a la constitución de las acciones sociales y políticas, así como también la formación de nuevos sujetos o actores políticos.

En el caso brasileño eso no se verificó. La teoría social brasileña que se apropió de las corrientes sociológicas de Europa y Estados Unidos, lo hizo sin discutir sus presupuestos. De esta manera, reprodujo en Brasil la tesis del “fin de las clases sociales” en las tres últimas décadas, por medio de la introducción de la teoría de los “nuevos movimientos sociales”, de la “acción comunicativa” y de la “sociedad post-industrial”, sin poner a prueba el presupuesto central que orientaba tales teorías, o sea, sin problematizar qué concepto de clases sociales se pretendía superar.

En ese sentido, y a pesar de la homogenización de este señalamiento, la teoría social brasileña que habló de ese supuesto “fin” parece haberlo hecho sin preocuparse por debatirlo a la luz de nuestras particularidades sociales y políticas. En los ochenta, autores brasileños influidos por las teorías de los “nuevos movimientos sociales”, y desesperados por “dar voz” a los actores sociales y políticos, acabaron por “rechazar las teorías de clase sin haberlas sometido a la crítica teórica” (Sader y Paoli, 1986). En ese sentido, se observa la influencia del paradigma europeo y de la perspectiva centrada en la “voz de los agentes” en detrimento de un análisis teórico más profundo (Gohn, 2011). El análisis de los movimientos sociales en las décadas de los ochenta y noventa se caracterizó por “estudios de naturaleza más empírico-descriptiva, centrados en el habla de los agentes” (*Ibid.*: 10). El resultado de esa influencia “fue la utilización acrítica de teorías elaboradas en el exterior para el análisis de los movimientos sociales en Brasil, y en América Latina, muchas veces incorporando categorías que se oponen en el debate teórico” (*Ibid.*).

En ese sentido, hubo en esas últimas tres décadas una incorporación acrítica, y por lo tanto ideológica, de las teorías producidas por el y para el occidente europeo y para Estados Unidos, siendo que esa incorporación tuvo como objetivo principal

competir con una tradición marxista reduccionista por el campo de investigación sobre las luchas sociales, políticas, de los sujetos políticos, de las acciones organizadas y de los movimientos populares.

Aún es necesario indagar la raíz de esas cuestiones puestas en un escenario social y político "externo" a Brasil. Es decir, analizar en qué medida las tesis centrales de ese debate no serían equivocadas aun si las consideramos en el contexto de las sociedades en que fueron producidas. Veamos, por ejemplo, la cuestión del conocimiento y la información, base del razonamiento de Bell, Gorz y Offe.

Es posible constatar que hubo una ampliación de esas esferas, sobre todo en lo que se refiere a la producción de servicios informativos. Sin embargo, la tesis de la sustitución de la producción de mercancías por conocimiento y, por consiguiente, de la industria por las universidades y centros de investigación, como señaló Bell, no consideró la capacidad que tiene el capital de ampliar su espectro de dominación y explotación. El conocimiento, aun en centros de investigación y universidades, fue codificado como valor de cambio, como la más simple mercancía capitalista. La expansión que muchos autores proyectaron, después de Bell, en sectores de capacitación cognitiva no estuvo acompañada de una ampliación de las formas de distribución de renta, conocimiento, educación, salud, o aun de participación en las políticas institucionales.

En realidad, la producción intelectual fue absorbida en la industria capitalista, observando en particular que esas nuevas industrias no necesariamente se caracterizan por ser fábricas de productos duraderos o semiduraderos. Estas pueden ser, a semejanza de esas últimas, vislumbradas en *call centers*, pero pueden también configurarse de manera fragmentada y desplazada del padrón fabril tradicional del último siglo, tomando la forma de redes informacionales, y no por eso dejan de reproducir la explotación del trabajo asalariado y la valorización del capital.

De esta manera, el conglomerado de trabajadores puede ser físico o virtual, pero en los dos casos o aun en su forma híbrida, todavía prevalece la producción de mercancías con el objetivo de acumulación capitalista. Esa ampliación de la producción de información y conocimiento no hizo a la clase trabajadora más libre. Por el contrario, lo que vino a hacer ese tipo de producción fue profundizar la explotación del trabajo. En ese sentido, la crítica a las tesis que señalan la superación del concepto de clase social nos parece central, sobre todo si nos cuestionamos a qué concepto de clase social se refieren. ¿Acaso hay un acuerdo con respecto a ese punto de partida?

Así como otros autores marxistas del siglo xx, en sus tiempos Marx ya había desarrollado concepciones de clase que se situaban más allá de un análisis economicista. Esas concepciones, como las expuestas en el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, se fun-

damentaban en el análisis de relaciones de fuerza calcadas en elementos políticos, culturales y económicos de aquella coyuntura. Las teorías que afirman el “fin de las clases sociales” señalando en Marx un límite economicista, no toman en cuenta la complejidad analítica desarrollada en muchas de sus tesis.

Para nosotros, esas teorías del “fin de las clases sociales” construyeron sus propuestas analíticas con la pretensión de ser nuevas, valiéndose solamente de parámetros teóricos reduccionistas de clase social, sobre todo, aquellos difundidos por los partidos comunistas. Con eso, se explicitó no un debate teórico-crítico sino, en la práctica, una estrategia política e ideológica que colocó a toda una tradición analítica heterogénea en un nivel límite de abstracción.

Bibliohemerografía

- AMORIM, Henrique (2009), *Trabalho Imaterial: Marx e o Debate Contemporâneo*, São Paulo, Annablume/FAPESP.
- AMORIM, Henrique (2010a), “El trabajo inmaterial en los *Grundrisse* de Carlos Marx”, en *Marx Ahora*, Cuba, núm. 30.
- AMORIM, Henrique (2010b), “Centralidade e imaterialidade do trabalho: classes sociais e luta política”, en *Revista Trabalho, Educação e Saúde*, vol. 8.
- AMORIM, Henrique (2011), “Clases sociales y trabajo inmaterial”, en *Herramienta*, Buenos Aires, vol. 8.
- AMORIM, Henrique (2012), *Valor-trabalho e Imaterialidade da Produção nas Sociedades Contemporâneas*, Buenos Aires, CLACSO.
- ANTUNES, Ricardo (1992), *A Rebelião do Trabalho: o confronto operário no ABC paulista (as greves de 1978/80)*, São Paulo, Editora da UNICAMP.
- ANTUNES, Ricardo (1995), *Adeus ao Trabalho? Ensaio sobre as Metamorfoses e a Centralidade do Mundo do Trabalho*, Campinas, Editora da UNICAMP/Cortez.
- BELL, Daniel (1977), *O Advento da Sociedade Pós-Industrial: uma tentativa de previsão social*, São Paulo, Cultrix.
- BOITO, Armando, Andréia GALVÃO y Paula MARCELINO (2009), “Brasil: o movimento sindical e popular na década de 2000”, en *Observatorio Social de América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, año X, núm. 26, octubre.
- BOTTOMORE, Thomas Burton (1968), *As Classes na Sociedade Moderna*, Rio de Janeiro, Zahar.
- BOURDIEU, Pierre (2005), *A Economia das Trocas Simbólicas*, São Paulo, Perspectiva.
- BUKHARIN, Nicolai (s/f), *Tratado de Materialismo Histórico*, Lisboa, Centro do Livro Brasileiro.
- CARDOSO, Fernando Henrique (1975), “Classes sociais e história: considerações metodológicas”, en *Autoritarismo e democratização*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.

- CARDOSO, Fernando Henrique (1982), “As classes nas sociedades capitalistas contemporâneas (notas preliminares)”, en *Revista de Economia Política*, São Paulo, vol. 2/1, núm. 5, enero-marzo.
- CASTELLS, Manuel (1999), *A Sociedade em Rede*, São Paulo, Paz e Terra.
- CAVALCANTE, Sávio (2009), *Sindicalismo e privatização das telecomunicações no Brasil*, São Paulo, Expressão Popular.
- DAHRENDORF, Ralf (1982), *As Classes e seus Conflitos na Sociedade Industrial*, Brasil, Universidad de Brasília (primeira edição 1957).
- DIAS FERNANDES, Edmundo y Antônio DE PÁDUA BOSI (2005), “Estado, capital, trabalho e a organização sindical: a (re)construção das classes trabalhadoras no Brasil”, en *Revista Outubro*, São Paulo, núm. 12.
- GOHN, Maria da Glória (2011), *Teorias dos Movimentos Sociais: Paradigmas Clássicos e Contemporâneos*, São Paulo, Loyola.
- GOLDTHORPE, John H., David LOCKWOOD, Frank BECHHOFFER y Jennifer PLATT (1972), *L'ouvrier de L'abondance*, Paris, Seuil.
- GOLDTHORPE, John H. y David LOCKWOOD (1963), “Affluence and the British class structure”, en *Sociological Review*, vol. 11, núm. 2, julio.
- GORZ, André (1988), *Métamorphoses du Travail. Quête du Sens: Critique de la Raison Économique*, Paris, Galilée (primera edición 1980).
- GORZ, André (1987), *Adeus ao Proletariado. Para Além do Socialismo*, Rio de Janeiro, Forense.
- GOULDNER, Alvin (1979), *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Madrid, Alianza Editorial.
- GRAMSCI, Antonio (2004), *Cadernos do Cárcere*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- GUIMARÃES, Antonio (1999), “Classes sociais”, en Sergio MICELI (coordinador), *O que ler na ciência social brasileira?*, São Paulo, Anpocs/Sumaré/Capes, vol. 2.
- HABERMAS, Jürgen (1982), “A Reply to my Critics”, en J. THOMPSON y D. HELD (coordinadores), *Habermas: Critical Debates*, Londres, Macmillan Press.
- HABERMAS, Jürgen (1987a), *Teoría de la Acción Comunicativa*, Madrid, Taurus.
- HABERMAS, Jürgen (1987b), “A nova intransparência: a crise do Estado de bem-estar social e o esgotamento das energias utópicas”, en *Novos Estudos CEBRAP*, São Paulo, núm. 18.
- HABERMAS, Jürgen (2002), *O Discurso Filosófico da Modernidade*, São Paulo, Martins Fontes.
- HOBBSBAWM, Eric (1992), “Adeus a tudo aquilo”, en Robin BLACKBURN (organizador), *Depois da Queda. O fracasso do comunismo e o futuro do socialismo*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- IASI, Mauro L. (2007), “O Conceito e o ‘não-conceito’ de classes em Marx”, en *Ensaio sobre Consciência e Emancipação*, São Paulo, Expressão Popular.
- INGLEHART, Ronald (1997), *Modernization and postmodernization: cultural, economic, and political change in 43 societies*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.

- LOCKWOOD, David (1966), "Sources of Variation in Working-Class Images of Society", en *Sociological Review*, vol. 14, núm. 3, noviembre.
- LUKÁCS, Georg (2003), *História e Consciência de Classe: Estudos de dialética marxista*, São Paulo, Martins Fontes.
- MALLET, Serge (1969), *La Nouvelle Classe Ouvrière*, Paris, Éditions du Seuil.
- MARGLIN, Stephen y Juliet SCHOR (1990), *The Golden Age of Capitalism: reinterpreting the postwar experience*, Oxford, Clarendon Press.
- MARTINS RODRIGUES, Leôncio (1999), *O Destino do Sindicalismo*, São Paulo, EDUSP.
- MELUCCI, Alberto (1980), "The new social movements: a theoretical approach", en *Social Science Information*, vol. 19, núm. 2.
- MÉSZÁROS, István (1993), "Consciência de classe necessária e consciência de classe contingente", en István MÉSZÁROS, *Filosofia e Ideologia Social: ensaios de negação e afirmação*, São Paulo, Ensaio.
- MILLS, Wright (1969), *A Nova Classe Média*, Rio de Janeiro, Zahar.
- NICOLAUS, Martin (1972), "Proletariado y clase media en Marx: coreografía hegeliana y la dialética capitalista", en *El Marx Desconocido*, Barcelona, Anagrama.
- NISBET, Robert (1996), "The decline and fall of social class", [1959] en John SCOTT (coordinador), *Class: Critical Concepts*, London/New York, Routledge.
- OFFE, Claus (1985), *Capitalismo Desorganizado*, São Paulo, Editora Brasiliense.
- OFFE, Claus (1989), *Trabalho e Sociedade*, Rio de Janeiro, Tempo Brasileiro.
- OSSOWSKI, Stanislaw (1996), "Old notions and new problems: interpretations of social structure in modern society", [1956] en J. SCOTT (coordinador), *Class: Critical Concepts*, London/New York, Routledge.
- POULANTZAS, Nicos (1977a), "As classes sociais", en R. B. ZENTENO, *As Classes Sociais na América Latina*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- POULANTZAS, Nicos (1977b), *Poder Político e Classes Sociais*, São Paulo, Martins Fontes.
- RAMALHO, José R. y Marco A. SANTANA (2003), "vw's Modular System and Workers' Organization in Resende, Brazil", en *International Journal of Urban and Regional Research*, Urban Research Publications Limited, vol. 26, núm. 4, febrero, DOI: 10.1111/1468-2427.00416.
- RODRIGUES, Iram Jácome (1997), *Sindicalismo e Política. A trajetória da CUT*, São Paulo, Scritta/FAPESP.
- SADER, Éder y Maria Célia PAOLI (1986), "Sobre 'as classes populares' no pensamento sociológico brasileiro (Notas de leitura sobre acontecimentos recentes)", en Ruth CARDOSO (compiladora), *A Aventura Antropológica*, São Paulo, Paz e Terra.
- SALLUM JR., Brasílio (2005), "Classes, Cultura e Ação Coletiva", en *Lua Nova*, Retorno às Classes Sociais, núm. 65.
- SAVAGE, Mike (2004), "Classe e História do Trabalho", en Cláudio Henrique MORAIS BATALHA, Fernando TEIXEIRA DA SILVA y Alexandre FORTES (coordinadores), *Culturas de Classe*, Campinas, Editora UNICAMP.

- SCHWARZ, Roberto (2000), “As Idéias Fora do Lugar”, en *Ao Vencedor as Batatas*, São Paulo, Duas Cidades/Editora 34.
- SILVA DA PEREIRA, Josué (1999), “O Adeus ao Proletariado de Gorz. Vinte Anos Depois”, en *Lua Nova*, núm. 48.
- SOUSA, Davisson C. G. (2011), “Lutas sociais e tradições de luta no Brasil nos anos 2000”, en *Lutas Sociais*, São Paulo, núm. 25/26, segundo semestre.
- THOMPSON, Edward (1992), “Os fins da guerra fria: uma resposta”, en Robin BLACKBURN (organizador), *Depois da Queda. O fracasso do comunismo e o futuro do socialismo*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- THOMPSON, Edward (1998), “Algumas observações sobre classe e ‘falsa consciência’”, en Sergio SILVA y Antonio LUIGI (coordinadores), *A peculiaridade dos ingleses e outros artigos*, Textos Didáticos, vol. 2, núm. 10.
- TOURAINÉ, Alain (1969), *La Société Post-Industrielle. Naissance d’une société*, Paris, Éditions Denoël.
- TOURAINÉ, Alain (1978), *La Voix et le Regard: sociologie des mouvements sociaux*, Paris, Éditions du Seuil.
- TOURAINÉ, Alain (1985), “The study of social movements”, en *Social Research*, vol. 52, núm. 4.
- TOURAINÉ, Alain (1989), “Os novos conflitos sociais: para evitar mal-entendidos”, en *Lua Nova*, núm. 17.
- TRONTI, Mário (1982), “Operários e capital”, en *Processo de Trabalho e Estratégias de Classe*, Rio de Janeiro, Zahar.
- WAIZBORT, Leopoldo (1998), “Classe Social, Estado e Ideologia”, en *Tempo Social*, São Paulo, Universidade de São Paulo, núm. 10.

Recibido: 27 de noviembre de 2013

Aprobado: 17 de mayo de 2014